

el poder de este obispo y lo variado de la oposición a los extranjeros y a su dominio de la política castellana. No en balde el regente dejado por Carlos era el cardenal Adriano de Utrech, extranjero que nada conocía del carácter y modo de ser de los castellanos. Este batallón fue el encargado de defender Tordesillas, donde se encontraba la reina Juana. El resto de los sacerdotes de la diócesis recibieron autorización de Acuña para celebrar tres misas al día. A los del batallón se les prohibió todo tipo de relajación, incluso la lectura del breviario.

Su actitud es considerada en estos primeros momentos de la lucha por unos como la de un asesino, sin respeto a lugares sagrados, ni propiedades ni vidas de enemigos. Para otros su actitud era el símbolo de la rebelión contra los usurpadores, de la libertad contra la invasión extranjera.

Acuña marcha a Toledo, donde es esperado con expectación por el pueblo, que se resistía a entregarse mediante el empuje y protagonismo de una mujer que trata de mantener viva la llama de su esposo Juan de Padilla. Ésta se llama María de Pacheco.

La llegada de Acuña a Toledo es triunfal. Toledo le recibe como a un héroe y él se siente halagado ante tanto movimiento favorable hacia su persona. No es para menos, pues es una persona más de este mundo que del espiritual.

Pero no tardaría en llegar el enfrentamiento entre la Pacheco y el obispo pues ambos pretenden el poder, imponer su criterio. Son dos personalidades parecidas, y ambas ambicionan la sede arzobispal, una para su hermano y el otro para sí mismo. El choque es tremendo. Sus caracteres diferentes hacen que su rivalidad alcance cotas colosales. Pero la presión popular concede la sede arzobispal a Acuña.

Llega la gran batalla, la definitiva: la batalla de Villalar, en la que las fuerzas reales obtienen un sonado triunfo. Los principales personajes de la Comunidad son ejecutados en esta población.

Acuña huye de Toledo hacia Francia, pero alguien lo reconoce y es detenido. Se le traslada a Simancas donde es encarcelado. Trata de fugarse estrangulando al alcaide del castillo. Carlos I envía al alcalde Ronquillo, nacido en Arévalo, a impartir justicia.

Tras un largo proceso este alcalde se encargó de condenarle a muerte mediante el garrote vil, sin que de nada sirvieran las advertencias del Papa para que eso no sucediera, al ser hombre de la Iglesia. Pero el día de viernes santo de 1526 la vida de este obispo belicoso concluyó para siempre, dejando tras de sí una estela de opiniones contrapuestas.

Tras la marcha de Acuña de Toledo, comienza, más bien continúa el protagonismo de la esposa de Juan de Padilla, María Pacheco. Se había casado un pequeño hidalgo toledano con una mujer perteneciente a una de las más esclarecidas familias de Castilla, pues era hija del conde de Tendilla y nieta del Marqués de Villena.

Mujer de amplia cultura, conoce el latín, griego, matemáticas, letras e historia, contrae matrimonio cuando solamente tiene 15 años y Padilla 20. Hubo cierta tensión entre María y su padre, ya que ella consideraba a Padilla como de rango inferior. Pero todo se olvida una vez celebrado el matrimonio.

En Toledo, Padilla, tiene un prestigio que le hace convertirse en el líder indiscutible del alzamiento contra los extranjeros. Su mujer le sigue en todo momento, se siente absolutamente identificada con su postura. La mujer noble se hace ciudadana de a pie; la intelectual se transforma en militar.

Llega la noticia de la muerte de Padilla. Acuña ordena que doblen las campanas para dar a conocer a Toledo la muerte de su héroe. La ciudad llora su muerte que consideran injusta. Toda la población se dirige a la casa de Padilla recorriendo las calles toledanas en una impresionante manifestación de duelo. Toledo se une a la Pacheco en su dolor, sintiéndolo como suyo propio.

